

1823:

La llegada de Simón Bolívar al Perú y sus implicancias políticas¹

1823:

The arrival of Simón Bolívar to Peru and its political implications

O'Phelan-Godoy, Scarlet

Pontificia Universidad Católica del Perú, Perú

scarlettrebeca@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0002-7177-4471>

Resumen

Después de la entrevista entre San Martín y Bolívar en Guayaquil, se decidió que el primero abandonaría el Perú y Bolívar lideraría las últimas batallas que iban a consolidar la independencia peruana. Sucre llegó a Lima tres meses antes que Bolívar, encontrando la capital en una situación bastante complicada con el primer presidente electo —Riva Agüero— gobernando desde Trujillo, el presidente interino —Torre Tagle— en la plaza de Lima, y Sucre comandando al ejército colombiano. Esto llevó a que Bolívar a los pocos meses de arribar se trasladara a Trujillo, luego de que el ejército realista recapturara Lima. Fue desde Trujillo y la región norte donde Bolívar organizó el ejército patriota para hacer frente a las últimas batallas: —Junín y Ayacucho—, que culminaron con la firma de la capitulación a cargo de los generales Sucre y Canterac, y con la retirada del virrey La Serna, junto con su corte y funcionarios reales del Cuzco, donde había gobernado durante tres años.

Palabras clave: Bolívar, O'Higgins, Riva Agüero, Torre Tagle, Ayacucho.

Abstract

After the meeting between San Martín and Bolívar in Guayaquil, it was decided that the first one would abandon Peru and Bolivar would lead the last battles in the context of Peruvian independence. Sucre arrived in Lima three month before Bolívar founding that the elected president of Peru was in Trujillo, the interim president was governing in Lima and he (Sucre) was in charged of the patriotic army. Some months after his arrival and due to the recaptured of Lima by the royalists, Bolívar moved to Trujillo where he installed his government. Being in Trujillo and the northern region he planned the last battles: Junin and Ayacucho, which culminated with the signing of the capitulation between general Sucre and general Canterac and the retreat from Cuzco by viceroy La Serna, his court and royal functionaries, where he had governed for the last three years.

Keywords: Bolívar, O'Higgins, Riva Agüero, Torre Tagle, Ayacucho.

Recibido: 06 de marzo de 2025 - **Aceptado:** 23 de julio de 2025

Simón Bolívar —luego de haber consolidado la independencia de la Gran Colombia, el proyecto integracionista con que logró articular Venezuela, Colombia y Quito— hizo su entrada al Perú por el Callao, en septiembre de 1823. Pero este esperado viaje —de parte de él y del congreso peruano— atravesó por un largo proceso de negociación de más de

un año, hasta que se pudo materializar. En el presente estudio nos detendremos en hacer un seguimiento de los hechos y circunstancias que marcaron la llegada del libertador caraqueño al Perú, hasta la victoria de Ayacucho en diciembre de 1824.

1. El «desastre» de Macacona y la entrevista de Guayaquil

Si bien San Martín intentó entrevistarse por primera vez con Bolívar en febrero de 1822 (Miller, 1975, t.1: 283), esta reunión se abortó por encontrarse en ese momento el libertador en Pasto, que era un foco realista que Bolívar debía reducir. (Bushnell, 2002: 109) Pero, luego de la derrota de la batalla de Macacona, en Ica, a inicios de 1822, conocida como el «desastre» de Macacona para el ejército patriota, la urgencia de entrevistarse con Bolívar se volvió prioritaria para el protector del Perú. Es probable, entonces, que el revés de Macacona fuera un punto de inflexión en la decisión que tomó San Martín de embarcarse por segunda vez hacia Guayaquil, en julio de 1822 (Marco, 2013: 275, 276), produciéndose en esta ocasión el buscado encuentro con Bolívar.

En enero de 1820 se instauró en España el Trienio Liberal (1820-23), luego que el general asturiano, Rafael del Riego, obligara a Fernando VII a poner nuevamente en vigencia la constitución gaditana de 1812, que había sido derogada en 1814. (Varela, 1996: 659) En

este contexto, tanto San Martín como Bolívar pensaron que esta política de apertura liberal favorecería la independencia hispanoamericana, pero ambos se equivocaron, ya que España —bajo el régimen conservador o el liberal— no estaba dispuesta a perder sus colonias y prescindir de los jugosos ingresos económicos que le aportaban. Si bien hubo un grupo de liberales españoles que expresaron su admiración por la resistencia demostrada de parte de los americanos frente a la égida absolutista, quienes detentaban el poder peninsular condenaron abiertamente esta postura conciliadora que daba visos de inclinarse hacia la independencia (Ricketts, 2024: 211).

Fue con el cambio del gobierno en España —es decir, con el reingreso del liberalismo— y, a partir del desembarco de la Expedición Libertadora en Pisco, en septiembre de 1820, que los guayaquileños decidieron, el 9 de octubre, conformar una junta de notables que declaró la independencia de Guayaquil (Rodríguez, 2004: 87). Quizá basados en la experiencia de los puertos vecinos, los guayaquileños también sintieron la necesidad de independizarse y operar en igualdad de

condiciones de cómo lo estaban haciendo los puertos de Chile y el Río de la Plata. De este modo, con el apoyo de comerciantes y terratenientes de la provincia, se dio prioridad a la elaboración de un código comercial que desligara a Guayaquil del consulado de Lima (Morelli, 2018: 150).

Precisamente, sería durante el funcionamiento de la junta que Guayaquil se convirtió en objeto de disputa entre San Martín y Bolívar, quienes buscaron anexarlo políticamente. El primero, al Perú, y el segundo, a Colombia. Aunque, como se ha hecho notar, al establecerse la Gran Colombia, en 1819, Bolívar dio por sentado que se estaba incluyendo a Guayaquil como parte del reino de Quito (Busaniche, 1995: 109). Pero, oficializar esta anexión tomaría casi tres años. Recién en julio de 1822, luego de haber ocurrido el 24 de mayo la victoria de Pichincha, con la cual se selló la liberación del reino de Quito, es que Sucre —a nombre de Bolívar y de Colombia— incorporó Guayaquil al proyecto integracionista del libertador, ya que, de acuerdo con el general caraqueño, «una ciudad y un río no pueden constituir una nación» (Guerrero, 2010: 51).

Así, Guayaquil quedaba «bajo los auspicios y protección de la República de Colombia» (Landázuri, 1989: 123). Al respecto, Bolívar le escribió al abogado cucuteño Francisco de Paula Santander —vicepresidente de la Gran Colombia—, informándole: «yo pasaré al sur con las tropas con el objeto de pacificar aquello y de tener la entrevista con San Martín» (Acercamiento, 1990: 331).

Antes que se llevara a cabo la famosa entrevista, es evidente que Bolívar y los colombianos estaban en condiciones de dismantelar con facilidad la junta, dadas las circunstancias de inestabilidad política por las que atravesaba Guayaquil (imagen 1). De ahí que no hubo demasiada resistencia al incorporar la disputada provincia guayaquileña a la Gran Colombia, el 13 de julio de 1822, solo dos semanas antes que se produjera la entrevista. Es así que, cuando San Martín arribó a Guayaquil para el esperado encuentro con Bolívar, el libertador ya le había escrito con antelación, el día 25 de julio, una misiva en la cual le manifestaba las ansias que tenía de estrecharlo «en el suelo de Colombia, al ser [San Martín] el primer amigo de mi corazón

y de mi patria» (Paredes, 2015: 40). Aunque, de hecho, al general argentino ya le habían adelantado la noticia de la incorporación de Guayaquil a Colombia, no bien llegó a Puná (Ibidem: 40). Estaba advertido, por lo tanto, de que al desembarcar en Guayaquil iba a pisar territorio colombiano. El tema quedaba fuera de discusión.

Imagen 1. Retrato de Simón Bolívar entre 1823 y 1825



Óleo sobre lienzo de José Gil de Castro. En la Quinta de los Libertadores, responsable académica Scarlett O'Phelan Godoy. Fuente: Lima, Ministerio de Cultura, 2015; O'Phelan Godoy, 2019a: 74.

En el ínterin del primer y segundo intento de San Martín por llegar a Guayaquil, entre los meses de febrero y julio de 1822, dos importantes sucesos ocurrieron en el Perú, que debieron influir en que el protector se avocara a concertar la reunión con Bolívar que, sin duda, le urgía se materializara cuanto antes. Definitivamente, era el general argentino el que tenía más necesidad porque se realizara el encuentro. El primer hecho que lo debió alterar fue —como se ha señalado— la sonora derrota de las fuerzas patriotas por el ejército realista bajo la conducción de Canterac, el 7 de abril de 1822, en el denominado «desastre» de Macacona, en Ica, por haber registrado esta contienda ingentes pérdidas humanas para los patriotas (Marco, 2013: 275, 276). Esto demostró, una vez más, que el ejército de San Martín requería urgentemente de refuerzos militares. De hecho, hacía meses que el general argentino ya era consciente de la necesidad de contar con una ayuda militar procedente de fuera del Perú para poder completar la lucha por la independencia, pues su ejército no se daba abasto (Anna, 1979: 210).

El segundo acontecimiento de interés fue de carácter diplomático, y se dio el 6 de julio de 1822, con la firma del Tratado de Unión, Federación y Liga entre el delegado de Colombia, Joaquín Mosquera, y el ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Bernardo Monteagudo (Denegri, 1996: 62-63). En palabras del propio Monteagudo, Colombia había enviado «un ministro extraordinario, con quien he tenido la satisfacción de firmar un tratado solemne [...]» (Monteagudo, 2009: 93). Con este convenio se afianzaba la reunión pendiente entre los libertadores, que se había frustrado en el mes de febrero. El tratado implicaba tácitamente un acercamiento.

Sintiendo que el ambiente era propicio, el 14 de julio de 1822 —a solo una semana de firmado el convenio—, San Martín volvió a embarcarse en la goleta Macedonia rumbo a Guayaquil, arribando a Puná el día 25. Ahí, los miembros de la depuesta junta superior guayaquileña pasaron a bordo a saludarlo e informarle que el 11 de julio había llegado Bolívar a Guayaquil, «bajo arcos triunfales», anexando el día 13 la provincia libre a la Gran Colombia (Vargas Ugarte, 1958: 365). El tema

de Guayaquil era un hecho consumado. Es más, miembros de la destituida junta guayaquileña tomaron refugio a bordo de la flota peruana, terminando exiliados en Lima (Lacuna, 1951: 381), donde, evidentemente, tenían contactos comerciales y lazos de parentesco que se remontaban, en muchos casos, al siglo XVI.

De acuerdo con John Lynch, San Martín buscaba con el encuentro con Bolívar cumplir tres objetivos: la anexión de Guayaquil, la colaboración de tropas colombianas para reforzar su ejército, y la aceptación de una constitución monárquica (Lynch, 2009: 234). El primer y el tercer punto resultaban obviamente irreconciliables con el pensamiento de Bolívar. Es evidente que la controversia sobre Guayaquil no habría estado agendada, porque ya no quedaba nada que decir al respecto. Igualmente, el tema de instaurar un régimen monárquico estaba fuera de discusión frente a la reiterada defensa de Bolívar, desde la carta de Jamaica (1815), por un gobierno de corte republicano (Ocampo, 1984: 361).² En contraste, el segundo punto caía en el terreno de la negociación que, en este caso, para San Martín era vital poder plantear y discutir. En opinión

de David Brading, fue precisamente este segundo punto —la intervención de Bolívar y su ejército colombiano en el Perú— lo que habría motivado el impostergable desplazamiento de San Martín hasta Guayaquil (Brading, 2011: 240). El propio San Martín confirmó su interés en este último tema al explicar: «mi viaje a Guayaquil no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú» (Gandia, 1964: 262).

San Martín estuvo de regreso en Lima el 19 de agosto, luego de veinte días de travesía desde Guayaquil al Callao. Las noticias que lo esperaban en la capital peruana eran poco alentadoras. Durante su ausencia, su ministro, Bernardo de Monteagudo, había sido depuesto y deportado (Miller, 1975, t.1: 288, 289). Hay quienes consideran que esta destitución de su hombre de confianza, artífice de muchas de las medidas implementadas en el protectorado, confirmó la decisión del general argentino, de que había llegado el momento de apartarse del gobierno del Perú, sobre todo después del relativo fracaso de la entrevista con Bolívar. Con ella se había jugado su última carta.

Se puede tener una idea aproximada sobre lo que conversaron los libertadores en Guayaquil, a partir de las medidas que tomó San Martín al volver al Perú. Así, no bien llegó, manifestó su decisión de renunciar al cargo de protector del Perú, poniendo de esta manera fin al Protectorado. Adicionalmente, convocó al Congreso Constituyente con la tarea de elegir un presidente para el Perú (O'Phelan, 2010: 90). En definitiva, como había adelantado Monteagudo al ser deportado, se dejaba el camino libre para el nuevo rumbo que iba a tomar el sistema político peruano. Estaba claro que para Bolívar era crucial que fueran él y Sucre —al mando del ejército colombiano— quienes concluyeran la independencia del Perú, ya que ello significaba consolidar la independencia de América en su conjunto, como se encargó de enfatizar el libertador.³

San Martín convocó al Congreso Constituyente el 20 de septiembre de 1822 y anunció que al día siguiente de su instalación se embarcaría rumbo a Chile. Lo que probablemente no esperó es que se nombrara al cuestionado aristócrata limeño José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete como primer presidente del

Perú, cargo que asumió a partir del motín de Balconcillo, el cual involucró a varios prominentes militares peruanos y que algunos consideran el primer golpe de Estado en el país (Puente, 1992: 169). Comenzaba así a funcionar la fórmula que cohesionaba firmemente el poder civil al poder militar, incluso supeditándolo. Se puede decir que estos drásticos cambios, de carácter político, fueron el corolario de la entrevista de Guayaquil. No hay que perder de vista esta perspectiva para poder medir los alcances del encuentro entre los libertadores.

2. El viaje previo de Sucre al Perú y el posterior traslado de Bolívar al Callao

Tanto el Protectorado de San Martín como los primeros meses de la gestión de Bolívar en el Perú se ubican dentro de los años del Trienio Liberal español (enero 1820-septiembre 1823), ya que la noticia de la restitución de Fernando VII recién le llegó al libertador en enero de 1824, cuando se encontraba en Huarás (Busaniche, 1995: 128). En esta coyuntura, lo que ambos generales percibieron correctamente era que con una guerra civil en la península, el envío de refuerzos militares

y pertrechos de guerra a Hispanoamérica se complicaría ostensiblemente, facilitando a los patriotas el camino hacia la victoria final (O'Phelan, 2019a: 40-42). Como señaló el virrey La Serna, desde 1822 había venido solicitando «con repetición», que se le enviaran refuerzos navales para asegurar el control sobre Lima, lo cual no ocurrió.⁴

Bolívar, a un año de la partida de San Martín, haría su ingreso al Perú. De acuerdo con Fisher, tomó esta determinación «para proteger a Colombia de los peruanos» (Fisher, 1984: 468), ya que en el Perú la guerra de independencia no terminaba por definirse. Preparó su llegada, enviando primero a Sucre como emisario e informante y exigiendo que se respetara un estricto protocolo para su traslado oficial de Guayaquil a Lima (Perazzo, 1982: 145). De esta manera, Antonio José de Sucre, militar venezolano nacido en Cumaná y el colaborador más cercano de Bolívar, debió dejar su puesto de intendente de Pichincha —a pedido del libertador— para embarcarse rumbo al Perú. Arribó a Lima en mayo de 1823 —a poco menos de un año después de haberse producido la famosa entrevista de Guayaquil— y,

al mes siguiente de su llegada, en junio, tuvo que evacuar a una columna realista que había intentado recapturar la capital limeña (Anna, 1979: 216-218).

Bolívar pisaría suelo peruano recién el 1 de septiembre del mismo año, habiendo enviado a Sucre cuatro meses por delante (imagen 2). Es evidente que Sucre tenía la misión de explorar e informarle al general caraqueño sobre el panorama político peruano, y también debía allanar el camino para el arribo del presidente de la Gran Colombia al Perú. Sin embargo, las apreciaciones que le hizo Sucre al libertador sobre el escenario político peruano —en la nutrida correspondencia que intercambiaron— no fueron precisamente alentadoras y, como resultado de su desconcierto ante la anarquía política que se vivía en el país, el cumanense llegó a reclamarle airadamente a Bolívar, en una misiva redactada desde el Callao: «¡cuánto ha sido lo que Ud. ha exigido de mí!» (Sucre, 1995: 126). Sucre, más adelante, también se quejaría en una carta remitida al coronel Vicente Aguirre, desde Huarás: «Por mí le confieso a Ud. que de mejor voluntad me iría a sembrar papas, tanto por salir de

la carrera pública que mi actual situación me ofrece más disgustos que gloria, cuanto por sacar el cuerpo de este laberinto complicado de negocios que hay en el Perú» (Ibidem: 152).⁵

Imagen 2. Antonio José de Sucre. Gran Mariscal de Ayacucho



Fuente: El cuadro se halla en la casa de Sucre, Quito. En Paul Verna y Christian Bossu-Picat. *El Mundo de Bolívar*. Boulogne: Ediciones Del Roise, 1983; O'Phelan Godoy, 2019a: 57.

De hecho, las noticias poco halagadoras que recibió de parte de sus informantes sobre la situación crítica por la que atravesaba el Perú, bien pudo predisponer al libertador contra el país y su dirigencia, aún antes de emprender su viaje a la capital peruana (Fisher, 1984: 467). Sin embargo, estando aún en Guayaquil, Bolívar hizo un estrecho seguimiento de los avatares de la guerra en el Perú. Así, el 24 de mayo de 1823 le envió una carta a Sucre, dándole instrucciones —a la distancia— para que las tropas colombianas se trasladaran de Trujillo hacia Cajamarca, dejando la guarnición necesaria en el Callao, advirtiéndole que los batallones también podían distribuirse en acantonamientos cómodos sobre Huánuco (Hernández, 1975: 255). Es decir, el general caraqueño estaba bien enterado del territorio dentro del cual podía circular su ejército y que le resultaba militarmente favorable.

La venida de Bolívar al Perú estuvo marcada por una prolongada negociación que se puede seguir a través de la asidua correspondencia que intercambió con Antonio José de Sucre, quien desde Lima fungió como termómetro político para medir la aceptación de parte

de la población del Perú frente al eventual arribo del libertador. Su llegada se dio en circunstancias en que se había destituido al presidente Riva Agüero (imagen 3), quien se reubicó en Trujillo, seguido por algunos funcionarios de su confianza, desde donde disolvió el congreso. Bernardo de Torre Tagle, un noble titulado que había sido intendente de Trujillo, fue entonces nombrado nuevo presidente del Perú, negándose Riva Agüero a reconocerlo (Basadre, 1968, t1: 40-42). De ahí que Sucre, a poco de emprender viaje Bolívar, le advertía alarmado sobre el desgobierno en que se encontraba inmerso el Perú, con una dirigencia tripartita donde «manda el presidente [Riva Agüero] como jefe del país, manda el marqués de Torre Tagle como gobernador de la plaza [...] y mando yo [Sucre] las tropas» (Sucre, 1995: 123, 126). El Perú sería un caso excepcional donde dos aristócratas limeños vinculados a la nobleza castellana titulada —Riva Agüero y Torre Tagle— se convirtieron en los primeros presidentes de la república peruana. Una situación que a Bolívar, quien se referirá a ellos como «godos», le iba a resultar insostenible (O'Phelan, 2001: 395, 396).

Imagen 3. José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete



Fuente: Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, Lima; O'Phelan Godoy, 2019a: 63.

El libertador había indicado con antelación que no iba a imponer su presencia en territorio peruano, por lo tanto, su venida estuvo envuelta por un riguroso protocolo. Por ejemplo, tuvieron que ir a buscarlo y escoltarlo, a bordo del Chimborazo, desde Guayaquil al Callao, dos miembros del Congreso Constituyente: el guayaquileño Joaquín Olmedo y el abogado natural de Huamachuco, Faustino Sánchez Carrión (Perazzo, 1982: 27), ambos formados en el Convictorio de San Carlos, el más prestigioso centro educativo ilustrado del virreinato peruano (Cubas, 2001: 309-312). El primero había sido diputado por el Perú en las cortes de Cádiz y presidente en 1820 de la junta de gobierno de Guayaquil, que Bolívar disolvió en 1822; el segundo, era un ardoroso defensor del sistema republicano y había ganado a la opinión pública, a través del periodismo, para conseguir que se desestimara el proyecto de monarquía constitucional que promovía San Martín (Aljovín, 2001: 360). Sería este último, Sánchez Carrión, quien impresionaría más profundamente al libertador en las conversaciones que mantuvieron durante la travesía al Perú, convirtiéndose eventualmente en su asesor y ministro de

confianza, y acompañando a Bolívar primero a Huánuco y luego a Cerro de Pasco en los preparativos finales para la batalla de Junín (Perazzo, 1982: 92). Adicionalmente, Sánchez Carrión apoyó a Bolívar en dos de las gestiones más importantes que preparó el libertador desde su quinta de La Magdalena en Lima: la convocatoria al congreso anfictionico de Panamá—que ha sido considerado un proyecto embrionario de la OEA—y la elaboración del proyecto integracionista y supranacional de la Federación de los Andes, que iba a incorporar a todo el territorio que Bolívar había liberado (O'Phelan, 2019a: 121).

3. El arribo de Bolívar al suelo de los incas

Bolívar hizo su ingreso a Lima escoltado por las tropas de guarnición. En las calles de la capital había un despliegue de banderas y los balcones también estaban engalanados con coloridos tapices para recibirlo. Un par de días luego de su arribo, el libertador anunció que asistiría al teatro, con lo cual se agotaron los palcos para la función, pues había curiosidad por verlo. A su entrada al teatro, Bolívar—que vestía un sencillo traje militar—fue

ovacionado con cohetes, ocupando el palco presidencial, sobre el cual se habían colocado las banderas del Perú y Colombia, entrelazadas (Busaniche, 1995: 117). Todos estos honores eran comprensibles, en la medida que el congreso peruano tenía la expectativa de que, con Bolívar, se «iba a concluir la guerra en el suelo de los Incas» (Sánchez, 2016: 83). En consecuencia, el 10 de diciembre el Congreso Constituyente decretó asignarle a Bolívar la cantidad de 50.000 pesos anuales en su obsequio, monto que el libertador rechazó de plano, argumentando «que siendo suficiente para sus gastos [la suma] que goza como presidente de la República de Colombia, no puede aceptar la que le ofrece el Perú». ⁶

Un día antes, el 9 de septiembre, el libertador fue agasajado con un banquete oficial, compuesto por una espléndida mesa de cien cubiertos, ágape que se ofreció en el palacio de gobierno. Bolívar quedaría abrumado por la excelente comida, que supo apreciar y elogiar (Bushnell, 2002: 123). Durante los discursos que acompañaron al banquete, el presidente del Congreso, Dr. Figuerola, se refirió a Bolívar como «el hijo predilecto de

la victoria», y el presidente de la república, Torre Tagle, se congratuló de que «el héroe de Colombia» hubiera pisado la tierra de los incas, agregando: «he aquí nuestro Libertador» (Busaniche, 1995: 119). Bernardo O'Higgins —el primer director supremo de Chile, quien se había exiliado solo un mes antes en el Perú— no dudó en afirmar, durante el convite, que se trataba «del día más placentero de su vida» por contar con la presencia del «hijo predilecto de la victoria [Bolívar]» (Ibidem). Por su parte, el reconocido médico Hipólito Unanue, le expresó a Bolívar que tenía expectativas de que «el carro de los triunfos de V.E. corra con tanta velocidad a los extremos australes del Perú, cuanto ha sido lo que le ha conducido del mar Atlántico al Pacífico» (Ibidem: 120). En respuesta a todos estos halagos, Bolívar tomó la palabra e hizo votos «porque [sic] los pueblos americanos no consintieran jamás elevar un trono en su territorio» (Ibidem: 121). El libertador acababa de hacer su entrada a Lima y ya ponía de manifiesto, en forma categórica, su posición antimonárquica, marcando así la distancia con el proyecto de su predecesor, San Martín.

Cuando Bolívar hizo su ingreso al Perú, este ya era un país dividido; no solo por las facciones que respaldaban a cada uno de sus dos presidentes —el recientemente nombrado y el depuesto—, sino porque también estaba territorialmente fracturado. El general venezolano se encontró con un Perú donde el norte era el territorio que habían liberado los patriotas y el sur constituía el espacio donde estaba acantonado el virrey y las fuerzas realistas. Es más, durante la independencia —a partir de 1821—, el Perú iba a tener dos capitales funcionando al mismo tiempo: Lima, la capital patriota, y el Cusco, la capital realista, duplicándose de esta manera los centros donde se ejercía el poder político (O'Phelan, 2019c: 407, 410).

Si bien la independencia se había declarado en la capital en julio de 1821, esta división espacial demostraba que Lima no era el Perú, como equivocadamente lo entendieron, primero, el virrey Pezuela, quien se negaba a abandonar la capital (Alvarado, 2015: 58), y luego San Martín, quien, a partir de una visión centralista, asumió que, decretando la independencia desde Lima, se rendiría todo el Perú. Más aún, en el caso peruano la

guerra de independencia se definiría en el espacio controlado por los realistas —Junín y Ayacucho— y, además, en la sierra, no en la costa. Es esta demarcación la que se puso en vigor cuando La Serna abandonó Lima en 1821 (Anna, 1979: 177) y estableció el epicentro del virreinato del Perú en el Cusco. Y es esta la división territorial que encontró funcionando Bolívar cuando llegó al Perú en 1823. Bolívar no dividió al Perú; el país ya estaba dividido y contaba con la anuencia de San Martín (O'Phelan, 2023: 39).

Al arribar Bolívar al Perú, el presidente depuesto —Riva Agüero— gobernaba desde Trujillo, mientras Torre Tagle lo hacía desde Lima. Aunque, de acuerdo con Sucre, «sería mejor que todos ellos se fueran a disputar a Trujillo y nos dejasen en capacidad de trabajar con provecho» (Sucre, 1995: 123). El conocimiento y aceptación que el norte —en este caso Trujillo— era un territorio liberado, estaba claro tanto para Bolívar como para Sucre. Bolívar intentó, entonces, a poco de llegar, dirigirse al norte para entrevistarse con Riva Agüero, embarcándose para ello el 15 de noviembre. Pero el encuentro no se

produjo, en la medida que el 25 de noviembre el primer presidente del Perú partió rumbo a Europa donde, consecuente con su estirpe noble, se casó con la princesa belga Carolina de Looz Corswarem (Vivero, 1893: 4). De esta manera, durante su gestión, el libertador solo tuvo que lidiar en la arena política con el IV marqués de Torre Tagle, presidente en funciones del Perú (Imagen 4).

Imagen 4. José Bernardo de Tagle y Portocarrero, Marqués de Torre Tagle



Fuente: Atribuido a José Gil de Castro (1820). Colección privada, Estados Unidos; O'Phelan Godoy, 2019a: 63.

Las expectativas que tenía el libertador con respecto al Perú son interesantes. Por un lado, John Fisher señala que Bolívar no tenía muy claro el territorio al que iba a arribar, ya que hablaba de un lugar donde abundaban el oro y los esclavos (Fisher, 1984: 478) —lo que parece más bien referirse al Popayán colombiano que a la actividad minera peruana, dedicada a la producción de plata extraída por operarios indígenas—. Pero lo que Bolívar genuinamente ansiaba conocer y logró hacerlo al ser nombrado presidente del Perú en 1825 fue viajar por el sur andino, transitar por el Cusco —la tan mentada capital del imperio inca— y llegar al famoso Cerro Rico de Potosí, que, en sus palabras, constituían realmente el Perú profundo, el corazón del país (Hernández, 1975: 275, 276).

Si bien John Lynch ha opinado que para los peruanos Bolívar era un venezolano y su ejército un invasor (Lynch, 2006: 248), lo cierto es que cuando estuvo en el Perú, el libertador supo deslindar claramente su opinión frente a la élite nobiliaria de la que formaban parte el marqués de Torre Tagle y el conde de San Donás —a este último, Bolívar lo mandó

ejecutar en la plaza mayor acusándolo de alta traición— (Vivero, 1893: 8) y, por otro lado, la élite ilustrada. Se enfrentó a los primeros derogando los títulos nobiliarios (C.D.I.P. 1975: 78),⁷ pero tuvo palabras de elogio y reconocimiento para los segundos, dentro de los cuales se encontraban sus ministros Hipólito Unanue y Faustino Sánchez Carrión, hombres de letras en los cuales se apoyó y confió durante su gestión en el Perú (O'Phelan, 2012: 199, 200).

Bolívar asumió —a pedido del congreso— poderes dictatoriales el 10 de febrero de 1824, bajo la nominación de «encargado del poder dictatorial del Perú» (C.D.I.P. 1975: 268). Al respecto, el libertador declaró: «Yo hubiera preferido no haber visto jamás al Perú y preferiera también nuestra pérdida misma al espantoso título de Dictador. Pero Colombia estaba comprometida en vuestra suerte, y no me ha sido posible vacilar» (Rivera, 1974: 22).

Lo cierto es que este nombramiento se aceleró como respuesta de una nueva entrada realista que se había perpetrado en Lima. Esta intrusión inesperada provocó una grave convulsión

política en la capital, al perder los patriotas el control sobre la estratégica fortaleza del Callao, que fue entregada a los realistas el 5 de febrero sin poder ser recuperada hasta 1826, a pesar de decretarlo la capitulación de Ayacucho (Sánchez, 2015: 147, 149, 150). Es interesante destacar que el ejército de La Serna trató de recapturar Lima luego de la llegada de Sucre,⁸ primero, y a partir de la entrada de Bolívar a la capital, después. Da la impresión que los realistas asumieron que había claros indicios de desgobierno de parte de los patriotas, situación de la que podían sacar ventaja; o quizá sospecharon que con la llegada de Bolívar se estaban preparando las condiciones necesarias para enfrentar las batallas finales y había que estar en guardia.

El libertador se abocó entonces a la empresa política que lo había traído al Perú, y el 26 de marzo de 1824 asignó a Trujillo el rango de capital de la república, «mientras se libere de enemigos la de Lima» (Ortiz de Zevallos, 1989: 176). Trasladó de esta manera el foco de su gobierno al norte, que había sido parte del territorio libre que encontró a su arribo al Perú, como resultado de las negociaciones que había

efectuado en su momento San Martín, con los virreyes Pezuela y La Serna (O'Phelan, 2023: 67). A Trujillo se dirigió entonces O'Higgins, a fines de 1823, convaleciente de malaria y acompañado de su familia (Díaz, 1946: 197), para darle encuentro a Bolívar y tratar asuntos relativos a la guerra inconclusa del Perú.

4. Encuentros y desencuentros entre Bolívar y O'Higgins en el Perú

Un tema que no ha sido suficientemente atendido, lo cual no quiere decir que no sea importante, es el hecho que Bolívar y O'Higgins coincidieron en el Perú desde 1823, en que ambos arribaron a la capital limeña, hasta 1826, en que el libertador abandonó el territorio peruano para siempre. Bolívar tuvo que regresar apuradamente a Colombia para atender y doblegar el conato insurgente del general venezolano José Antonio Páez (Ocampo, 1984: 380), por un lado, y reparar su largo ausentismo como presidente de la Gran Colombia, que había convertido a Santander en la imagen del poder en Bogotá. Pero hubo tres años de coincidencia entre el general chileno, que llegó a Lima en calidad de exiliado

político, y el general caraqueño, que vino con la misión de completar la independencia del Perú. En estos tres años se dieron momentos de cercanía entre ellos, pero también situaciones marcadas por la distancia, a pesar de ambos compartir sentimientos antimonárquicos y haber optado por el modelo republicano para las nuevas naciones independientes. (O'Phelan, 2010: 34-35). Sin ir más lejos, O'Higgins (imagen 5) manifestaba: «preciso es que huyamos de aquellos fríos calculadores que apetece el monarquismo» (Epistolario O'Higgins, 2011: 291).

Está claro que para Bolívar el general chileno era un hombre de San Martín (O'Phelan, 2010: 82). Era bien conocido que San Martín había recibido en 1814 a O'Higgins en su campamento de Mendoza, ofreciéndole protección y liderazgo (Camogli, 2011: 44-45). Más adelante, en 1820, sería O'Higgins en su calidad de director supremo de Chile, quien iba a enviar a San Martín al Perú a cargo del Ejército Libertador (Sepúlveda Durán, 1997: 34-35). La correspondencia que mantuvieron el general chileno y el protector argentino durante la estancia de este último en territorio

peruano fue constante, abundando en informes y consejos sobre cómo manejar la situación política del Perú y la guerra de independencia. No es extremo pensar, entonces, que debido a la estrecha amistad entre San Martín y O'Higgins, Bolívar mantuviera a este último al margen de sus planes.

Imagen 5. Bernardo O'Higgins



Fuente: O'Phelan Godoy, 2010: 18.

No obstante, en un principio hubo entre ellos un acercamiento temporal, ya que no bien entró Bolívar al Perú le solicitó al exiliado presidente chileno que hiciera el intento de regresar a Chile, con el fin de gestionar el envío de tropas auxiliares que reforzaran las que había en el Perú, ya que, en palabras del Libertador, O'Higgins las podía obtener, debido «a su influencia poderosa [...] y su propio carácter» (Eyzaguirre, 1972, t.2: 438) Pero, pedirle en ese momento a don Bernardo que se trasladara a Chile era prácticamente una provocación al gobierno de turno en Santiago, ya que solo unos meses antes, en mayo de 1823, Diego Portales, cercano al presidente Ramón Freire, había aconsejado que O'Higgins debía salir «rápidamente del país [Chile] para evitar agitaciones [y en su opinión] se le deje ir lo más lejos posible para que su nombre no sea ya una bandera de discordia» (Epistolario Portales, 2007, t1: 22). Al final, O'Higgins no fue tan lejos, pues llegó en julio al Perú, aunque manifestó su deseo de culminar su viaje en Irlanda (Orrego Vicuña, 1957: 333). Lo que queda claro es que O'Higgins era una persona no grata al nuevo gobierno chileno, que prácticamente le había dado un golpe de

estado obligándolo a salir del país; en esas condiciones, sugerir que O'Higgins retornara a su patria era un absurdo, significaba exponerlo a posibles represalias. Aunque es cierto que, de haber abandonado O'Higgins el territorio peruano, Bolívar habría quedado con el camino libre para que el ejército colombiano completara la independencia del Perú, sin que un correligionario de San Martín —que era como el libertador consideraba al exiliado presidente chileno— le hiciera sombra. (O'Phelan, 2010: 77).

Durante la estancia de Bolívar en el Perú, este residió en la quinta de La Magdalena, donde también había alojado San Martín durante el Protectorado. Despachaba en la casa de gobierno, pero también lo hacía desde la quinta, donde tenía reservadas habitaciones para sus edecanes (O'Phelan, 2015: 36),⁹ siendo conocida esta casona como el *rancho del libertador* e incluso el *palacio de Su Excelencia*.¹⁰ Como comenta Lynch, «en el Perú, vivió [Bolívar] como un príncipe en una hacienda a las afueras de Lima, La Magdalena era su palacio» (Lynch, 2006: 261, 262). O'Higgins, por su parte, turnaba su residencia entre la hacienda

Montalván,¹¹ que le había cedido San Martín durante el Protectorado «en retribución a los eminentes servicios que ha hecho a la causa de América», y la casa que adquirió en la calle Espaderos, en el centro de Lima, donde más adelante expendería pisco (O'Phelan, 2010: 83). En el momento en que coincidió con Bolívar, O'Higgins recién se estaba estableciendo en la capital peruana. Más adelante recibiría al libertador en Montalván, su hacienda ubicada en el valle de Cañete, donde igualmente acogió a otras figuras políticas de notoriedad (Eyzaguirre, 1972, t2: 453).¹²

Es interesante constatar que Bolívar y O'Higgins tenían un amigo común: el médico ariqueño Hipólito Unanue (imagen 6). Bolívar lo hizo su ministro en dos ocasiones, lo que quiere decir que le tenía aprecio y admiración, considerándolo un hombre de ciencia, «con conocimientos naturales que ningún otro posee en el Perú» (Hernández, 1975: 275). Pero, además, Unanue también era cercano a O'Higgins, ya que la hacienda Montalván era vecina de la hacienda San Juan de Arona, propiedad del galeno, ambas ubicadas en Cañete, a solo cinco kilómetros de distancia. (Álvaro, 2015: 145)

El médico peruano y el exiliado presidente chileno acostumbraban a dar juntos paseos a caballo, lo que habla de la amistad que los unía, aunque no hay referencias que aludan a que Unanue sirviera de intermediario entre Bolívar y O'Higgins.

Imagen 6. Hipólito Unanue



Fuente: Pinacoteca de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima. Élide Román, Ricardo Estabridis y Julio Fabián. Retratos siglos XVI-XX. Lima: Museo de Arte del Centro Cultural de San Marcos, 2009; O'Phelan Godoy, 2019a: 94.

Estando en el Perú, O'Higgins hizo intentos infructuosos para que Bolívar lo invitara a enrolarse en el ejército colombiano bajo su dirección, que a todas luces iba a completar la independencia del Perú; llegando incluso el general chileno a desplazarse al interior del virreinato, con el propósito de seguir los movimientos del general caraqueño. Así, en una misiva O'Higgins le manifestó al general venezolano Tomás Heres, militar cercano a Bolívar: «nada podría sustraerme del retiro que me he propuesto en el Perú, sino en el día de batalla, porque ese día todo americano que pueda ceñir espada, está obligado a reunirse al estandarte de una causa justa como la independencia» (Epistolario O'Higgins, 2011: 168). En otra carta, esta vez dirigida desde Trujillo a Bolívar, el 28 de junio de 1824, el general chileno da a entender que el general caraqueño había mostrado cierta permeabilidad a darle un espacio en su ejército, lo que hace que O'Higgins exclame entusiasmado: «¡Que consideración tan lisonjera es a un soldado araucano ser invitado a las filas de sus hermanos de Colombia» (Epistolario O'Higgins, 2011: 168).

Aunque el libertador no tuvo reparos en comunicar a don Bernardo que «un cuerpo de Colombia a las órdenes de Ud. [O'Higgins] debe contar con la victoria» (Eyzaguirre, 1972: 440), llegado el momento no lo convocó, o lo hizo tarde, escabulléndose de esta manera de hacerlo partícipe de sus planes militares. Así, O'Higgins recibió tardíamente en agosto la noticia sobre el triunfo de la batalla de Junín, ya que al producirse el enfrentamiento bélico él se encontraba aún en Huánuco (Epistolario O'Higgins, 2011: 369). Igualmente, se enteró de la victoria de Ayacucho recién el 18 de diciembre, a más de una semana de ocurrido los hechos. De ahí que O'Higgins le escribiera al general inglés Guillermo Miller, lamentándose: «¿Es posible que Chile, que incitó la empresa de liberar el Perú [...] no se encuentre representado por una divisa?» (O'Phelan, 2010: 79). Se estaba refiriendo, evidentemente, al envío de la Expedición Libertadora en 1820 durante su gobierno como presidente de Chile.

Uno de los últimos encuentros entre los generales venezolano y chileno del que hay registro es cuando se festejó el triunfo de Ayacucho en Lima. O'Higgins, invitado por Bolívar a

la celebración, acudió al evento vestido de civil en lugar de usar su uniforme y galones militares. El libertador, sorprendido, indagó sobre las razones de su atuendo, a lo que el exiliado presidente de Chile le contestó: «Señor, la América está libre. Desde hoy soy el ciudadano particular, Bernardo O'Higgins. Mi misión está cumplida». De esta época data el bastón con empuñadura de oro que el libertador le obsequió a O'Higgins con la siguiente inscripción: «S. Bolívar a B. O'Higgins. 1824» (O'Phelan, 2018: 104). Quizá este fue un gesto de reparación de parte de Bolívar, por haber obviado sistemáticamente el apoyo que en forma reiterada le ofreció O'Higgins para participar en los últimos combates, así fuera bajo la dirección del general caraqueño. En todo caso, al recalcar O'Higgins que con el triunfo de Ayacucho su misión estaba cumplida, subrayaba su temprana participación y contribución a la independencia del Perú.

5. 1824: Las batallas finales en las pampas de Junín y Ayacucho

En enero de 1824, Bolívar cayó gravemente enfermo y para su recuperación fue trasladado

a Pativilca, donde estuvo recluido un par de meses, teniendo que ausentarse de la capital (Anna, 1979: 222). Al mes siguiente, en febrero, el ejército realista se posesionó de la ciudad de Lima, como ya se ha señalado. De acuerdo con Sucre, en febrero, marzo y abril de 1824, «nosotros mismos [Bolívar y él] no sabíamos que hacer. Vacilamos en si defendíamos los restos libres del Perú o nos volvíamos a Colombia» (Busaniche, 1996: 129). No en vano, en el mes de marzo Bolívar le comunicó a Santander: «aseguro a Ud. que estamos en el Perú poco menos que en los infiernos» (O'Phelan, 2001: 397).

Es en este contexto que en el mes de mayo Bolívar decidió establecerse en Trujillo, una ciudad importante, de buen clima, cercana al mar y equidistante entre Lima y el sur de la Gran Colombia. Los tres meses siguientes, el libertador los utilizó en reforzar su ejército con 10.000 hombres entre colombianos, argentinos, chilenos y peruanos; reclutamiento que dejó en manos de su ministro, Faustino Sánchez Carrión (Anna, 1979: 229). Luego de conformado el ejército bolivariano, le iba a tomar alrededor de un mes cruzar los Andes

hasta llegar, el 15 de julio de 1824, a las alturas de Cerro de Pasco. Desde ahí Bolívar ordenó avanzar a Junín.

Cerro de Pasco era, en ese momento, el centro minero más importante del Perú (Fisher, 1977: 47), razón por la cual tanto los patriotas como los realistas pugnaban por adjudicárselo. Fue precisamente en Pasco donde se dio el primer triunfo patriota, en la batalla del 6 de diciembre de 1820, que marcó el ingreso y acantonamiento temporal de las fuerzas sanmartinianas en la sierra central (Vargas Ugarte, 1958: 204, 205). De esta manera, Pasco se constituyó en la ciudad donde inicialmente se dio el secuestro de bienes a los peninsulares que ahí radicaban, muchos de los cuales huyeron de sus casas, minas e ingenios hacia poblados vecinos o hacia la capital, con el fin de escapar de las incursiones de los patriotas y del ir y venir de las entradas realistas (O'Phelan, 2021: 230, 231). Es decir, de resguardarse de la guerra. Pero, sus propiedades fueron confiscadas, ya que, como explicaba Sucre, «el gobierno tiene la posesión de los bienes de los enemigos activos que han emigrado [...] estos bienes pertenecen al tesoro público» (Sucre, 1995:

136,137). Así, la sierra central del Perú sería el territorio donde se libró la primera batalla de mayor trascendencia luego de la llegada del Ejército Libertador, y donde se dio una de las dos batallas que en 1824 catapultaron la independencia peruana, la de Junín, ciudad también conocida como Reyes.

El 29 de julio —preámbulo del combate de Junín— Bolívar pasó revista a su ejército en Pasco, y luego, en la noche, ofreció una cena donde se menciona que abundaron los brindis, oportunidad que aprovechó el libertador para recordar que se hallaba ya reunido «el ejército de Colombia destinado a libertar al Perú del yugo español, y según apariencias, contra la voluntad de los mismos peruanos» (Rivera, 1974:50). Se refería, sin duda, a la resistencia que había encontrado de parte de Torre Tagle y sus allegados, a quienes acusaba de haber incluso entrado en negociaciones con el ejército realista. El día 2 de agosto, Bolívar y su ejército se acantonaron en Cerro de Pasco. El día 5 llegaron a Rumichaca donde tomaron un almuerzo ligero; en este lugar Bolívar se alojó en una casucha sin techo, conjuntamente con los generales Sucre, La Mar y otros jefes, con

el fin de ultimar los detalles para la batalla (Ibidem: 50, 51).

El 6 de agosto de 1824, las tropas de Bolívar enfrentaron al ejército realista de Canterac en la batalla de Junín, derrotándolo. Sucre actuó en este combate como general en jefe, el general Mariano Necochea como comandante general de la caballería, y los montoneros quedaron bajo el mando del militar inglés natural de Kent, Guillermo Miller (Rivera, 1974: 120). David Bushnell considera que Miller (imagen 7) puede ser visto como un punto de enlace entre el remanente del ejército de San Martín y el recientemente llegado ejército colombiano de Bolívar, con el cual el inglés pasó a colaborar prácticamente de inmediato (Bushnell, 2002: 126). Al ser herido Necochea en Junín, el mando de la caballería del Ejército Libertador recayó en Miller, cargo que conservó hasta Ayacucho (Rivera, 1974 :140).

La batalla de Junín se libró a caballo y con sables, lanzas y cuchillos, durando alrededor de tres cuartos de hora (Albi, 2009: 568). Rivera considera que el general bonaerense, Miguel Isidoro Suárez, jugó un papel crucial

en la victoria de Junín, sorprendiendo a los realistas por la retaguardia, siguiendo el consejo del Ayudante Mayor, José Andrés Rázuri (Rivera, 1974: 60). En la correspondencia que remitió Tomás de Heres luego de la victoria, manifestaba: «La tierra de los Incas regada con sangre de sus opresores y de los oprimidos, ofrecerá bien pronto bello campo en que se extienda el árbol de la libertad» (C.D.I.P., 1975: 213). El virrey La Serna, por su parte, escribió al respecto: «nuestra pérdida ha sido de poca consideración en el número de hombres, pero si ha influenciado extraordinariamente en el ánimo, particularmente en el de nuestra caballería» (Albi, 2009: 570).

Habiendo observado el desconcierto en que quedó el ejército realista luego de ser derrotado en Junín, Miller propuso volver a atacar a los peninsulares de inmediato, para desorientarlos; pero su iniciativa no encontró eco en los generales Sucre, La Mar y Lara, ya que si secundaban a Miller habrían desobedecido las órdenes de Bolívar (O'Phelan, 2019b: 127). El libertador prefirió estacionarse por un mes en Huamanga donde montó temporalmente su cuartel general, para luego regresar a

Lima (Alvarado, 2020: 358) sin volver a enfrentarse, en ese momento, a los realistas. Lo que sí observó Bolívar durante su estancia en Huamanga, y dejó constancia de ello, fue: «el Ejército Libertador se aumenta diariamente con los desertores del enemigo» (CDIP, 1975: 219). Es decir, el triunfo de Junín provocó que soldados del ejército realista se pasaran a las filas patriotas, reforzando de esta manera las tropas colombianas, ante la alarma y la desazón de los jefes militares peninsulares, quienes no entrarían en buen pie al siguiente enfrentamiento bélico.

Imagen 7. Guillermo Miller, grabado.



Fuente: En *Memoirs of General Miller in the services of the Republic of Perú* by John Miller. In Two Volumes. Londres: Longman, Rees, Orme; 1828. El ejemplar perteneció a la biblioteca de J. F. Elmore. Biblioteca Nacional del Perú. En O'Phelan Godoy, Scarlett, Novoa, M y Laguerre, Michel (Editores) *Miller. Militar, político y peruanista 1795-1861*. Lima: Asociación Cultural Peruano Británica, 2019, p. 280.

La segunda y definitiva batalla sería en diciembre y Bolívar no estaría presente en ella, por motivos de salud que lo retuvieron en Lima; correspondió entonces a Sucre convertirse en el Gran Mariscal de Ayacucho. Como admitió el libertador en una carta que envió posteriormente al vicepresidente Santander: «él [Sucre] me ha quitado en Ayacucho el más hermoso ramo de mis laureles: él es el Libertador del imperio de los Incas, desde el Juanambú [Pasto] hasta Charcas» (Hernández, 1975: 278).

La batalla que selló la independencia del Perú se produjo en la pampa de la Quinua, en Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, a las diez de la mañana, y terminó a las dos de la tarde con la derrota y prisión de la élite de la oficialidad peninsular, comenzando por el propio virrey La Serna, quien había sido herido en el combate. Este fue capturado junto al general Canterac y los mariscales Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos, quienes más adelante serían conocidos como Los Ayacucho (Sobrevilla, 2011: 482, 483). En la escala que estos emigrados hicieron en Río de Janeiro durante su viaje de regreso a España, La Serna, quien llegó herido, empeoró durante la travesía al Brasil lo cual retrasó su retorno a

la península. El último virrey del Perú se refería en la correspondencia que despachó desde el puerto fluminense a «el triste resultado de la batalla del nueve [de diciembre]». En otro acápite la denominará «desgraciada batalla».¹³

En efecto, Ayacucho fue la última batalla entre patriotas y realistas que tuvo lugar en el Perú, no en vano Bolívar afirmaba que con Ayacucho se había fijado la suerte de las naciones americanas. Como indicó el general irlandés Daniel Florencio O'Leary, edecán de Bolívar, en sus *Memorias*: «la campaña del Perú está terminada, su independencia y la paz de América se han firmado en el campo de batalla» (Lynch, 2006: 260). De esta manera, la emblemática ciudad del Cusco fue ocupada por el ejército colombiano, sin resistencia, el 24 de diciembre de 1824, en vísperas de Navidad (O'Phelan, 2013: 261). Con ello se tomaba posesión del que había sido epicentro del gobierno virreinal entre 1821 y 1824. Ahora era territorio de la república del Perú.

El 26 de diciembre de 1824, Simón Bolívar fue nombrado presidente vitalicio del Perú, en reconocimiento a su gestión en derrotar al

ejército peninsular y por la firma de la capitulación de Ayacucho. En su honor, se decretó crear una medalla que llevara en el anverso su busto y la inscripción: «A su Libertador Simón Bolívar; por el reverso las armas de la Republica con esta [inscripción] El Perú restaurado en Ayacucho de 1824» (C.D.I.P., 1975: 326). Ya como presidente, Bolívar ordenó, el 27 de diciembre, que en el campo de batalla de Ayacucho se levantara una columna consagrada a la gloria de los vencedores: «En la cima de esta columna se colocará el busto del benemérito general Antonio José de Sucre y en ella se grabarán los nombres de los generales, jefes, oficiales y cuerpos en el orden y preminencia que les corresponde» (C.D.I.P., 1975: 269). Adicionalmente, se decretó que los individuos del ejército vencedor iban a llevar una medalla al pecho, pendiente de una cinta blanca y roja, con esta inscripción: *Ayacucho*. Los generales, esmaltada en brillantes; los jefes y oficiales, en oro; y la tropa en plata (C.D.I.P., 1975: 269).

Varios autores coinciden en señalar que 1825 fue para el general venezolano un año en el que se sintió ampliamente gratificado. Como

indicó una vez más O'Leary: «aquellos fueron los días gloriosos en la vida del Libertador» (Lynch, 2006: 261). Bolívar tenía en ese momento 41 años y estaba en el pináculo de su gloria. Después de liberar el Perú continuaría, junto con Sucre, con la campaña al Alto Perú, pero esa ya es otra historia.

Fuentes de Archivo

Archivo Histórico Nacional de Madrid (A.H.N.M.)

Estado 5810

Estado 5850

Fuentes primarias impresas

Acercamiento a la gran personalidad de Bolívar. A través de una selección de sus cartas, discursos, proclamas, artículos de periódicos y decretos de su gobierno. Bogotá: Ediciones Universales, 1990.

Colección Documental del Sesquicentenario de la Independencia del Perú (C.D.I.P.) Tomo XIV, Vol. 1. Lima: Editorial Jurídica S.A. 1975.

Epistolario de don Bernardo O'Higgins. Estudios preliminares y edición de Alfredo Gómez Alcorta y Francisco José Ocaranza Bosio. Santiago de Chile: Universidad Bernardo O'Higgins, 2011, tomo I.

Epistolario Diego Portales. Edición a cargo de Carmen Fariña Vicuña. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2007, tomo I (1821-1832)

Bolívar, S. (1994). *Doctrina del Libertador*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Sucre, A. (1995). *De mi propia mano*. México.

Miller, J. (1975) *Memorias del General Guillermo Miller*. Lima: Editorial Arica, 2 tomos.

Referencias citadas

Aljovín de Losada, C. (2001) «La Constitución de 1823». O'Phelan Godoy, S. Ed. *La Independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima: Instituto Riva Agüero-Pontificia Universidad Católica del Perú.

Alvarado Luna, P. (2020) *Virreyes en armas*. Abascal, Pezuela y La Serna: la lucha contrarrevolucionaria

desde el virreinato del Perú (1808-1826). Lima: Instituto Riva Agüero-Pontificia Universidad Católica del Perú.

Alvarado Luna, P. (2015) «El virrey y el general: discrepancias político-militares en el ejército realista, 1816-1821». O'Phelan Godoy, S. Ed. *La Quinta de los Libertadores* [catálogo] Lima: Ministerio de Cultura/Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, pp. 47-61.

Álvaro, Denis. (2015) O'Higgins. *Avatares del Libertador de Chile en el Perú*. Lima: El Monitor Ediciones.

Anna, T. (1979) *The Fall of the Royal Government in Peru*. Lincoln/Londres: University of Nebraska Press.

Basadre, Jorge (1968) *Historia de la República del Perú*. Tomo I. Lima: Editorial Universo.

Brading, D. (2011) *Profecía y patria en la historia del Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Busaniche, J. L. (1995) *Bolívar visto por sus contemporáneos*. México: Fondo de Cultura Económico.

- Bushnell, D. (2002) *Simón Bolívar, hombre de Caracas, proyecto de América*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Camogli, Pablo (2011) *Nueva Historia del Cruce de los Andes*. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.
- Cubas, Ricardo (2001) «Educación, élites e independencia: el papel del convictorio de San Carlos en la emancipación peruana». En *La Independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*, editado por Scarlett O'Phelan Godoy. Lima: Instituto Riva Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Díaz, Francisco Javier (1946) *O'Higgins*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Denegri Luna, F. (1996) *Perú y Ecuador. Apuntes para la historia de una frontera*. Lima: Instituto Riva Agüero-Pontificia Universidad Católica del Perú/Bolsa de Valores de Lima.
- Fisher, John (1984) «La formación del estado peruano (1808-1824) y Simón Bolívar». En *Problemas de la formación del estado y de la nación en Hispanoamérica* editado por Inge Buisson et al. Bonn: Inter Naciones, pp. 465-480.
- Fisher, John (1977) *Minas y mineros en el Perú colonial, 1776-1824*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Gandia, E. (1964) *San Martín. Su pensamiento político*. Buenos Aires: Ediciones Pleamar, Colección Arquetipos.
- Guerrero Lira, Cristian. (2010) «Simón Bolívar y los conflictos territoriales entre Colombia y Perú, 1820-1829», *Espacio Regional*, 2 (7), pp. 39-54.
- Hernández Sánchez Barba, Mario. (1975) *Bolívar. Discursos, proclamas y epistolarios políticos*. Madrid, Editorial Nacional.
- Landázuri Camacho, C. (1989) «La Independencia del Ecuador (1808-1822)». Enrique Ayala Mora Ed. *Nueva Historia del Ecuador*. Vol. 6. Independencia y período colombiano. Quito: Corporación Editora Nacional/Editorial Grijalbo Ecuatoriana.
- Lecuna, V. (1951) «Bolívar and San Martín at Guayaquil», *Hispanic American Historical Review*, 31 (3), pp. 361-393.

Lynch, J. (2009) *San Martín. Argentine Soldier, American Hero*. New Haven/Londres: Yale University Press.

Lynch, J. (2006) *Simón Bolívar*. Barcelona: Editorial Crítica.

Marco, M, A. (2013) *San Martín. General victorioso, padre de la nación*. Buenos Aires: Emecé. Grupo Editorial Planeta.

Monteagudo, B. (2009) *Escritos políticos. Estudio preliminar de Felipe Pigna*. Buenos Aires: Emecé. Grupo Editorial Planeta.

Morelli, F. (2018) «Una gran asociación de pueblos. La rebelión de Guayaquil y su percepción de la Gran Colombia (1827)», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 45 (2), pp. 149-174.

Ocampo López, Javier. (1984) «La separación de la Gran Colombia en el proceso de la desintegración del imperio colonial Hispanoamericano». En *Problemas de la formación del estado y la nación en Hispanoamérica*, editado por Inge Buisson et al. Bonn: Inter Naciones, pp. 358-387.

O'Phelan Godoy, S. (2023) «San Martín, el “territorio libre” de las intendencias de Tarma y de Trujillo y la Independencia del Perú». *Revista del Instituto Riva Agüero*, Vol. 8, No.1, pp. 39-77.

O'Phelan Godoy, S. (2021) «Emigrados peninsulares del mineral de Cerro de Pasco en el contexto de la Independencia del Perú». *Tiempos*, Año 15, No. 15, pp. 217-240.

O'Phelan Godoy, S. (2019a) *Simón Bolívar y la conclusión de la independencia en el suelo de los Incas*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

O'Phelan Godoy, S. (2019b) «Guillermo Miller y la Independencia del Perú». En *Miller. Militar, político y peruanista, 1795-1861*. Eds. Scarlett O'Phelan Godoy, Mauricio Novoa y Michel Laguerre. Lima: Asociación Cultural Peruano Británica, pp. 112-139.

O'Phelan Godoy, S. (2019c) «El norte patriota y el sur realista. La división territorial del Perú en el contexto de la independencia. (1820-1824)» O'Phelan Godoy, S. y Ana Carolina Ibarra (eds.) *Territorialidad y Poder Regional de las Intendencias en las Independencias de México y Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, pp. 389-438.

O'Phelan Godoy, S. (2018) «O'Higgins en Perú» O'Higgins. Santiago de Chile: Universidad Finis Terrae/DIBAM, pp. 99-122.

O'Phelan Godoy, S. (2015) «Vida material y entorno social del palacio de La Magdalena en tiempos de Bolívar». O'Phelan Godoy, S. Ed. *La Quinta de Los Libertadores*. Lima: Ministerio de Cultura/ Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, pp. 29-46.

O'Phelan Godoy, S. (2013) «Más realistas que el Rey. Las elites del surandino frente a la independencia del Perú». En *Las Revoluciones Americanas y la formación de los Estados Nacionales*, editado por Jaime Rosenblitt. Santiago de Chile: Biblioteca Nacional de Chile / Dibam / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

O'Phelan Godoy, S. (2012) «La elite nobiliaria y la elite ilustrada frente a la Independencia del Perú». *Illes i Imperis*. Monográfico) Criollismo y Mestizaje en el Mundo Andino (siglos XVI-XIX). No. 14, pp. 189-294.

O'Phelan Godoy, S. (2010) *San Martín y su paso por el Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

O'Phelan Godoy, S. (2001) «Sucre en el Perú: entre Riva Agüero y Torre Tagle», Scarlett O'Phelan Godoy Ed. *La Independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima: Instituto Riva Agüero-Pontificia Universidad Católica del Perú.

Ortiz de Zevallos, Javier (1989) *El norte del Perú en la independencia*, 3ª edición. Lima: Centro de Documentación e Información Andina.

Paredes, J. G. (2015) *San Martín y Bolívar en Guayaquil*. Guayaquil: Municipalidad de Guayaquil.

Perazzo, N. (1982) *Sánchez Carrión y Unanue. Ministros del Libertador*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.

Puente Candamo, J. A. (1992) *La Independencia del Perú*. Madrid: Mapfre.

Ricketts, Mónica (2024) *¿Quién gobernará? Inestabilidad y lucha por el poder en Perú-España, 1750-1830*. Lima: Fondo Editorial PUCP.

Rivera Serna, Raúl. (1974) *La Campaña de Junín*. Lima: Editorial Arica S.A.

Rodríguez, J. E. (2004) «De la fidelidad a la revolución: el proceso de Independencia de la Antigua Provincia de Guayaquil, 1809-1820», *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, 21, pp. 35-88.

Sánchez, Susy (2016) «Del furioso cañonazo al eco de Bolívar: guerra, ciudad y sonoridad en Lima, 1819-1826». *Histórica* 40, n.º 1.: pp. 65-99.

Sánchez, Susy (2015) «Ejército, epidemias y alimentación en las guerras de independencia». O'Phelan Godoy S. Ed. *La Quinta de los Libertadores*. Lima: Ministerio de Cultura/Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, pp. 139-152.

Sepúlveda Durán, Germán. (1997) «La relación fraternal de los libertadores Bernardo O'Higgins y José de San Martín». En *Occidente: la sociedad, las ideas y el futuro*. Año 53, No. 365.

Sobrevilla, Natalia (2011) «From Europe to the Andes and Back: Becoming Los Ayacucho». *European History Quarterly*, 41, n.º 3, pp. 472-488.

Varela Suanzo, Joaquín. (1996) «La monarquía imposible. La constitución de Cádiz durante el

Trienio», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 46, pp. 653-687.

Vargas Ugarte, R. (1958) *Historia del Perú. Emancipación (1809-1825)*. Buenos Aires: Imprenta López.

Vivero, Domingo de. (editor) (1893) *Galería de Retratos de los Gobernantes del Perú Independiente (1821-1870)*. Lima.

Notas

1 Conferencia dictada el 5 de diciembre de 2024 en la sede de la Sociedad Bolivariana de Panamá, en conmemoración del bicentenario de la batalla de Ayacucho.

2 Como expresó Bolívar en la carta de Jamaica, «La Nueva Granada se unirá con Venezuela si llegan a convenirse en formar una República Central...» *Itinerario Documental de Simón Bolívar*, Caracas, 1970: 115-133.

3 Para Bolívar, la batalla de Ayacucho, «había fijado la suerte de las naciones americanas», señala incluso que Ayacucho es semejante a Waterloo,

«que decidió el destino de Europa». Consúltese, O'Phelan, 2021: 151.

4 Archivo Histórico Nacional de Madrid. (A.H.N.M.) Estado 5810. En una carta remitida por La Serna en 1822, este se quejaba que «si hubiese llegado de la península fuerzas navales, que tengo pedidas [...] es indudable que Lima estaría ya libre de la anarquía en que se ha puesto». En otro acápite, menciona «a falta de fuerzas navales que tengo pedidas a Su Majestad, son repetidas».

5 Carta que remitió Sucre al coronel Vicente Aguirre. Huarás, 25 de noviembre, 1823.

6 Colección Documental del Sesquicentenario de la Independencia del Perú (C.D.I.P.) Tomo XIV, Vol. 1. Obra Gubernativa y Epistolario de Bolívar. Legislación 1823-1825. Lima: Editorial Jurídica S.A. 1975: 11.

7 El 11 de noviembre de 1823 se prohibió a los ciudadanos del Perú el uso de semejantes títulos (nobiliarios).

8 AHNM, Estado 5850. Copia traducida de parte de una carta escrita desde Lima dirigida a su

corresponsal en Río de Janeiro por un negociante inglés, 21 de julio de 1823. «El general Canterac con una división de 7,500 a 8,000 hombres, tomó posesión de esta capital el 18 del anterior [mes] sin ninguna oposición de parte de los patriotas que se retiraron al Callao».

9 Los cuartos de edecanes estaban amoblados con sencillez y destinados a los visitantes que transitoriamente alojaban en la quinta, como bien pudo haber sido el caso de Sánchez Cerro o Unanue, cuando despachaban.

10 Archivo del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú. Documento 000305.

11 La hacienda Montalván, ubicada en el valle de Cañete, al sur de Lima, había pertenecido al peninsular Manuel Arredondo y Pelegrés, marqués de Nepomuceno, y fue confiscada por Bernardo Monteagudo. (Rosas Siles, 1995: 221).

12 O'Higgins también hospedó en su hacienda a Santa Cruz, Salaverry, Gutiérrez de la Fuente, Pedro Aldunate, Manuel Fuentes, entre otros.

13 A.H.N.M. Estado 1551. En el documento 86 se refiere a «la capitulación celebrada en el campo de Ayacucho el día 9 de diciembre último, por resultas de aquella “desgraciada batalla”»